



UNA LUZ QUE COMPARTIR Papa Francisco.

El lema de esta Jornada evoca las palabras de Simeón en el Evangelio que se proclama el 2 de febrero, Presentación del Señor. De las homilias del papa Francisco en esta fiesta entresacamos algunos párrafos. Contemplar al recién nacido Jesús en esta escena ayudará a que crezca en nosotros “un deseo vehemente de **llevarlo a los demás**, como han hecho María y José en el templo” (Homilía, 2-2-2016). El último apartado anuncia el otro pasaje evangélico al que remite este cuarto año del itinerario “Con Jesús Niño a la misión”, cuando vemos al Señor, ya con doce años, en Jerusalén.

El encuentro más esperado

“La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo es llamada también «fiesta del Encuentro» ... Cuando María y José llevaron a su niño al templo de Jerusalén, tuvo lugar el primer **encuentro entre Jesús y su pueblo**, representado por los dos ancianos Simeón y Ana...

Observemos lo que el evangelista Lucas nos dice de ellos, cómo les describe. De la Virgen y san José repite cuatro veces que querían cumplir lo que estaba prescrito por la ley del Señor (cf. Lc 2, 22.23.24.27). Se entiende, casi se percibe, que los padres de Jesús tienen la **alegría de observar los preceptos de Dios**, sí, la alegría de caminar en la ley del Señor...

¿Y qué dice san Lucas de los ancianos? Destaca más de una vez que eran **conducidos por el Espíritu Santo...** Estos dos ancianos [Simeón y Ana] están llenos de vida. Están llenos de vida porque están animados por el Espíritu Santo, dóciles a su acción, sensibles a sus peticiones...

He aquí el encuentro entre la Sagrada Familia y estos dos representantes del pueblo santo de Dios. **En el centro está Jesús**. Es Él quien mueve a todos, quien atrae a unos y a otros al templo, que es la casa de su Padre” (Homilía, 2-2-2014).

El anciano Simeón

“«Mis ojos han visto a tu Salvador» (Lc 2,30). Son las palabras de Simeón, que el Evangelio presenta como un hombre sencillo: un «hombre justo y piadoso», dice el texto (v. 25). Pero entre todos los hombres que aquel día estaban en el templo, solo él **vio en Jesús al Salvador**. ¿Qué es lo que vio? Un niño, simplemente un niño pequeño y frágil. Pero allí vio la salvación, porque el Espíritu Santo le hizo reconocer en aquel tierno recién nacido «al Mesías del Señor» (v. 26) ...

Los ojos de Simeón han visto la salvación porque la aguardaban (cf. v. 25). Eran ojos que aguardaban, que esperaban. **Buscaban la luz** y vieron la luz de las naciones (cf. v. 32). Eran ojos envejecidos, pero encendidos de esperanza” (Homilía, 1-2-2020).

“Es un hombre ya anciano quien **reconoce en el Niño la luz** que venía a iluminar a las naciones, que ha esperado con paciencia el cumplimiento de las promesas del Señor. Esperó con paciencia...

En la oración [Simeón] aprendió que Dios no viene en acontecimientos extraordinarios, sino que realiza su obra en la aparente monotonía de nuestros días, en el ritmo a veces fatigoso de las actividades, en lo pequeño e insignificante que realizamos con tesón y humildad, tratando de hacer su voluntad... La esperanza de la espera se tradujo en él en la paciencia cotidiana de quien, a pesar de todo, permaneció vigilante, hasta que por fin **“sus ojos vieron la salvación”** (cf. Lc 2,30)” (Homilía, 2-2-2021).

“En las cosas de mi Padre”

“Pongamos ante los ojos de la mente el icono de María Madre que va con el Niño Jesús en brazos. Lo lleva al templo, lo lleva al pueblo, lo lleva a encontrarse con su pueblo. Los brazos de su Madre son como la «escalera» por la que el Hijo de Dios baja hasta nosotros, la escalera de la condescendencia de Dios... Es el **doblo camino de Jesús**: bajó, se hizo uno de nosotros, para subirnos con Él al Padre, haciéndonos semejantes a Él.

Este movimiento lo podemos contemplar en nuestro corazón imaginando la escena del Evangelio: María que entra en el templo con el Niño en brazos. La Virgen es la que va caminando, pero su Hijo va delante de ella. Ella lo lleva, pero es Él quien la lleva a Ella por ese **camino de Dios**, que viene a nosotros para que nosotros podamos ir a Él.

Jesús ha recorrido nuestro camino, y nos ha mostrado el «camino nuevo y vivo» (cf. Heb 10,20) que es Él mismo... Jesús no vino para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre; y esto –dijo Él– era su «alimento» (cf. Jn 4,34). Así, quien sigue a Jesús se pone en el **camino de la obediencia**, imitando de alguna manera la «condescendencia» del Señor, abajándose y haciendo suya la voluntad del Padre, incluso hasta la negación y la humillación de sí mismo (cf. Flp 2,7-8)” (Homilía, 2-2-2015).